

Mara Malibrán

Todavía no es mañana



TODAVÍA NO ES MAÑANA

De la España de 1950 a los decisivos años de la Transición, un recorrido sentimental y psicológico por las vivencias personales de tres niñas que se convertirán en mujeres durante una época tumultuosa de nuestra historia reciente.

«Habrán muchos crímenes en el mundo y usted los aceptará.» La lectura fortuita de una frase en un libro escogido al azar una tarde de tedio devuelve a la memoria de Begoña todo el mundo de su infancia, un pasado que se había esforzado en arrinconar.

A través de las vivencias entrelazadas de las tres protagonistas, Mara Malibrán desarrolla un inquietante relato que atrapa desde la primera página. Algo terrible ha pasado, y su percepción por parte de la mente inocente pero a su vez temiblemente cruel y perturbada de una niña resulta estremecedora. Tal vez uno de los mejores retratos psicológicos de un momento infame de nuestra historia.

©2011, Malibrán, Mara

©2012, Punto de Lectura

ISBN: 9788483652138

Generado con: QualityEbook v0.71

Todavía no es mañana

Mara Malibrán

Para Fernando

BEGOÑA

No finja tanta preocupación ante el crimen y ante la sangre, habrá muchos crímenes en el mundo y usted los aceptará.

Hermann Broch

CERRÓ de golpe el libro, pero no consiguió que la idea se desprendiera de su mente con la misma rapidez, «... habrá muchos crímenes en el mundo y usted los aceptará». Los aceptaré, los he aceptado, los acepto. Las palabras devolvían a la memoria el resplandor de la infancia. Con el tiempo, el pasado se había convertido en un amasijo de telarañas, de pasillos, corredores y patios; rostros deformados que sólo conseguían organizarse cuando perdía el control y se sumergía en el sueño; entonces, y sólo entonces, aquellas huestes invadían la llanura de su cerebro y la acosaban en acuciantes pesadillas. Ahora, esa tarde, por primera vez el pasado reía a carcajadas al sentirse descubierto, nombrado, bautizado desde las páginas de aquel libro, que alguien innombrable que habitaba en su cabeza le había inducido a tomar de esa librería donde descansaban los cuentos de su infancia; ahí estaba, impasible y sereno, libre al fin de la presión de su mente, como un niño que se agita y despereza al evadirse del útero materno. Veinte años llevaba sorteando aquel agujero negro, pasando de puntillas por sus bordes pestilentes, agazapada, a hurtadillas, con la

mandíbula dolorida de apretar los dientes, descalza para no hacer ruido, y ahora, de repente, un libro, el azar de una tarde tediosa que conduce la mano sin sentido, que impulsa el cuerpo, las horas que nunca se acaban, la bruma de los recuerdos que amenaza continuamente con irrumpir, y ahí estaba aquella novela que ella ni recordaba, de título tan extraño como sugerente, *Los conjurados*, como si alguien deliberadamente hubiera conducido sus pasos hacia ese libro, que mágicamente se había abierto en aquella página, en aquella frase, «habrá muchos crímenes en el mundo y usted los aceptará», que martilleaba su cerebro como campanas en pleno arrebató.

El maldito libro, la maldita novela del maldito novelista, había conseguido su objetivo, sacudir la indiferencia del lector, había logrado sacarla de ese desierto por el que deambulaba ajena a todo, a ese sufrimiento íntimo, suyo.

* * *

Cada día lee atentamente dos periódicos, a la tarde escucha los informativos y al llegar la noche, obligado ritual, charla con el marido y juntos, interesados y aburridos repasan lo acaecido en el mundo. La indolencia del alma acompaña como una letanía sorda las frases de condena o de escándalo, o las que simplemente intentan un análisis objetivo de la realidad. Los muertos cumplen su triste destino: alimentan la maquinaria de la hipocresía, la argamasa necesaria para sobrellevar el fingimiento ante el dolor ajeno. Y ahora, de repente, aquel libro, aquella frase atronadora, que seguramente había sembrado la indiferencia en tantos que la habrían leído, se había alojado en el sobaco de su alma, y por primera vez, desde hacía tanto tiempo, experimentaba la angustia, el remordimiento, el peso de la culpa por un viejo sufrimiento que sólo ella conocía.

Ha cumplido los treinta y dos. ¿Qué significa acumular en una vida treinta y dos paletadas de existencia? Los hijos no han llegado. Ni llegarán. El matrimonio sigue ahí, imper-

térrito, inmune a todo. El marido aguanta la estructura porque pertenece por naturaleza y convicción al ejército de los que deambulan por la llanura de la santa indiferencia. Un hombre, eso tan necesario, que dicen las abuelas. Un hombre como había sido su padre. Otro ser bajo otro cuerpo. Diferente. Un marido que aseguraba la existencia. La casa, el coche, la cuenta corriente y, sobre todo, esa bendición que significa no tener que ir a trabajar, que enfrentarse cotidianamente a un rebaño de seres anhelantes; encerrarse en una oficina tediosa, sonreír, aparentar que la felicidad existe, que hay vida detrás del cuerpo; consumir el día escuchando sandeces para luego obtener un salario con el que completar el mantenimiento de una existencia insulsa. En evitar este vía crucis radicaba la utilidad de un marido. El suyo. No necesitaba más de él. Y él tampoco parecía querer ni desear nada de ella. La unión perfecta, sin exigencias ni reproches. Ni siquiera los hijos. ¿Por qué no hablaban de ello? Tiempo de silencio, de silencios. Un marido, un hombre, un nombre, Joaquín. Probablemente algún día él plantearía la posibilidad de acudir a un médico, o quizás, por qué no, adoptar un niño, comenzaba a estar de moda; quién sabe qué podría ocurrírsele. Ella tenía las respuestas. Ya he estado en el ginecólogo, estoy bien, dice que es normal, que no nos inquietemos, ya vendrá, hay que tener paciencia y no ponerse nerviosos; además aún somos jóvenes, no es como antes. Y si surgiera la posibilidad de la adopción: que no, que prefería hijos propios, que ella, ya lo sabía él, era débil y no sería capaz de enfrentarse a los problemas que conlleva un ser que viene de otro mundo, de otra madre, de otra naturaleza. Los hijos propios, de ambos. Joaquín era paciente, lo aceptaría. No podía sospechar que jamás tendrían hijos. Antes de casarse había acudido al ginecólogo y le había propuesto la esterilización, una ligadura de trompas irreversible, y así había sucedido, rápido y sin contratiempos; ni siquiera un comentario por parte del médico que alimentara su duda. Nada. Un alivio, por otro lado, pero lo echó a faltar, su mente lo registró co-

mo un dato más del mundo despiadado que rodeaba su existencia, tiempo de miserias.

* * *

Amontonó las camisas del marido. Tomó la primera, estiró el cuello, introdujo el brazo en cada una de las mangas para estirar las arrugas y finalmente, con una energía innecesaria para el peso de la prenda, la tomó por los hombros y la sacudió violentamente en el aire. Como hacía papá, primero con suavidad y luego enérgicamente: zarandearla por los hombros como si estuviera hueca, vacía, y fuese una abeja aturdida por la fragancia que liba, como si por ser pequeña y frágil no percibiera el aire que se agita alrededor. Luego, la dobló. La torre de ropa comenzó a existir. No necesitaba una asistente, ¿para qué?

—Para que descanses, cariño —decía el marido.

De qué estaba cansada, quizás de él y de ella, eso sí.

—Para que disfrutes y salgas con tus amigas...

Como si las tuviera. Desde que Carmen desapareció de su vida, ninguna otra había ocupado su lugar, sin hablar se habían entendido. Tenía un cuerpo grande, deslavazado, generoso como la sonrisa que la inundaba al salir de clase, cuando al presentir su aturdimiento la tomaba de la mano y la rescataba del enjambre atronador de las compañeras.

Labiana, López, Manso...

Aún se sabía de memoria el orden de apellidos de la clase: Ángel, Argüelles... Labiana, López, Manso.

El estribillo que cantaba la monja cada mañana al pasar lista con su consiguiente, «Viva Jesús», que cada niña exclamaba automáticamente al escuchar su nombre. Mientras planchaba, intentaba recordar el rostro de cada una de las treinta niñas de su clase. Le costaba individualizarlas. Caritas infantiles, no tan inocentes, aún soñadoras, flotaban dentro de uniformes tableados azules con cuello de plástico blanco. Diminutas palomas negras que saltaban, reían y, temerosas, revoloteaban en torno al gran cuervo.

Niñas, niñas. En orden, sed buenas, por favor. Dios, que todo lo ve, os mira, os contempla desde el cielo.

Es sor Ana María. Habla con Dios a todas horas.

—Dios ha venido a verme. Está disgustado. Alguna de vosotras ha copiado ayer en el examen, me lo ha revelado. Ya sabéis que para Dios no hay secretos.

Sor Ana María irradia inocencia y candidez y en las conversaciones que mantiene con el altísimo transmite una aplastante autenticidad. La mayoría de las niñas se ríen por detrás, yo, en cambio, escéptica por naturaleza a todo lo que no sea de este mundo, encuentro en ella una bondad tan excepcional que logra hacerme dudar de mi exceso de realismo. Tiene una carita rosada, de pepona, de campesina feliz, y unos ojos siempre muy abiertos, azules y redondos, que habrían sido bonitos si en algún momento hubieran logrado evadirse de esa continua expresión de asombro. Llegó al colegio a mitad de curso, venía del norte, de las Vascongadas. Las gratuitas contaban, así nos lo dijo Matilde, que de joven había estado en una cárcel de mujeres que hay en Saturrarán, y que allí la pobre se había vuelto medio loca por lo que había visto. A Carmen le intrigó desde el primer momento lo de la cárcel para mujeres, a mí me era indiferente pero observaba que Matilde, la gratuita, alimentaba en Carmen ese afán por saber cosas, historias pasadas, algo que, al parecer, ella conocía muy bien. Un día tuve la oportunidad de escuchar el delirio de sor Ana María: estamos en el recreo y aparece con su sonrisa alhelada, mira al horizonte como si estuviera ciega. Atraviesa uno de sus éxtasis. Matilde Antón, Carmen López y yo, Begoña Manso, jugamos en ese momento a la goma; estoy enfadada porque considero que me han hecho trampa y, a pesar de ello, pasan de mi turno; levanto la voz y entonces ella se nos viene encima diciendo que tengamos cuidado, que la «pantera blanca» nos acecha y que si seguimos hablando

tan alto vendrá y nos quitará a los niños. ¿Los niños?, sonreímos. Entonces, como en un arrebató, da un salto, coge como si lo robara un muñeco que asoma de la cartera de Carmen, se arremanga el hábito y se lo mete debajo de la falda haciendo ver que está embarazada; luego se echa a reír a carcajadas. Visto y no visto, entre la bedela Teresa y otra hermana logran sacarla del patio y llevársela hacia los dormitorios. Me desternillo de la risa, ni yo misma entiendo por qué no puedo parar de reír, tal vez sor Ana María me ha contagiado su carcajada loca, el caso es que Matilde comienza a decir que me calle, que no tengo caridad, Carmen agacha la cabeza y, como no quiere llevarle la contraria, con su silencio le otorga la razón; las miro con desprecio, siento que esa niña, la gratuita, me detesta y decido hacer lo mismo con ella, comienzo a odiarla. A sor Ana María la trasladaron a un convento de Segovia, después del escándalo que se organizó un domingo de Pascua. Los familiares de las alumnas forman corrillos a la salida de misa, departen y derrochan falsa amabilidad con las monjas, hablan de las inminentes primeras comuniones, de los vestidos que las niñas llevarán, si han cambiado el modelo o si se continuará con el del año pasado; algunas madres proponen que se renueve el diseño para las externas y que las gratuitas utilicen el mismo, que aprovechen los vestidos donados por las niñas que el año anterior han hecho la comunión; de esa forma tan lógica, escucho decir a la mamá de Carmen, se comprobará con sólo mirarlas quién es de pago y quién gratuita, y también cómo el cupo de niñas mantenidas crece gracias a los donativos, a la caridad de las alumnas externas. Mientras padres, madres y monjas departen de cuestiones tan vitales para nuestra educación, nosotras, libres provisionalmente de la tutela y el control, aprovechamos para corretear por el jardín. Entonces aparece sor Ana María, lleva la cabeza al aire, sin toca, el pelo rapado casi al cero y en el rostro ya no hay sonrisa sino una expresión turbada de arrobamiento, como de reo dispuesto a ser ejecutado. Entre sollozos contenidos, grita que la ha rapado la pantera blanca como castigo por negarse a en-

tregar a su niña, a su hija. Carmen la mira con angustia, Matilde con temor, y yo impasible, no siento nada, me recuerda a esas imágenes arrobadas de Juana de Arco, con la mirada hacia el cielo dispuesta a subir a la hoguera. En un pis-pás las monjas la hacen desaparecer, pero el lío ya está organizado. En la mesa, días más tarde, mi padre comenta el inminente traslado de sor Ana María y que es indignante que la directora haya dejado que esa mujer, evidentemente trastornada, haya dado clase a las niñas; es la primera vez que escucho decir que una monja es una mujer, no lo había pensado hasta ese momento, le pregunto quién es la pantera blanca, pero, como es habitual en él, no me contesta.

¿Acaso las monjas son mujeres? Se lo sigue preguntando ahora que han pasado más de veinte años mientras estira con energía la manga de la camisa del marido para plancharla impecable, sin una sola arruga. Las monjas no son mujeres, no están obligadas a ser mujeres. Tampoco son ángeles, pero están próximas a ellos, decía muy segura Juana, la amiga novicia de Matilde, y Carmen remataba que son mujeres que no quieren serlo. Hubo un tiempo en que pensó hacerse monja, ser monja para no tener que ser nunca mujer. Escabullirse de por vida dentro de un hábito negro, abandonar el cuerpo en ese cajón cuadrado, una ventana con marco blanco para contemplar serenamente el mundo y deambular por los pasillos de un colegio, tal vez atendiendo, tal vez acosando a las niñas; o irse a las misiones. Lejos de aquel barrio, lejos de casa, de la casa de ellos, lejos para siempre de mamá y lejos de papá.

—Estás loca, ¿hacerte monja? —dijo Carmen—. Las monjas nunca han sido mujeres, ni siquiera niñas, ¿puedes imaginarlas fuera de sus hábitos? Las monjas no existen.

Era cierto; por mucho que intentaba pensar cómo sería sor Encarnación, la profe de Ciencias Naturales, vestida de normal, de paisano, se le hacía imposible. Tampoco desnu-

da. Las piernas, ¿cortas o largas? Se habían divertido al hablarlo.

Y Matilde, Matilde se reía a carcajadas con esa boca enorme y esa ausencia de modales, no en vano era una gratuita, y las gratuitas, como decía sor Encarnación, carecen de educación, sólo gracias a la caridad de las niñas de pago consiguen estudiar.

Carmen siempre estaba con Matilde. ¿Se seguirán viendo?

—Para que te cuides, y tengas tiempo de estar guapa.

De estar guapa. Nunca había sido guapa. Aunque tenía los ojos azules y eso era muy raro entonces, azules y fríos como los de sor Ana María, como un charco en un día de niebla. Azules no, grisáceos, le había dicho un día el marido antes de serlo, al cortejarla. Cuando el pobre aún pensaba que sería feliz a su lado y que sus largos silencios eran consecuencia de su buena educación.

Dobló la última camisa. La torre de plancha se levantó erguida como un rascacielos. El marido cambiaba de camisa y de muda a diario; el mantel de los sábados, los dos juegos de cama y de toallas semanales, la ropa interior y lo de ella, poco más. Las mujeres apenas ocupamos espacio en una casa. Pero quizás sí, quizás debería buscar ayuda. Se había jurado que jamás eso que llamaban una criada entraría en su casa, detestaba el nombre. Criada. Al menos una asistenta por horas; cuando llegara, ella se iría. Y así él estaría encantado, los hombres siempre quieren ver cumplidos sus deseos, están acostumbrados a mandar; así la dejaría en paz, aunque ya no estaba tan segura, había cambiado, ya no era el mismo. Hacía tiempo que no le observaba, incluso había dejado de registrar los bolsillos. Desde que se casó, se lo tomó como una liturgia obligada, como ir a misa la tarde de los jueves. Aquellos eternos jueves en los que era obligatorio acudir a misa de cinco. Pasaban lista y no había forma de escabullirse. Jamás se le había pasado por la cabeza intentar escapar de esa obligación, en cambio a Carmen... Aún no habían intimado pero ya se había fijado

en ella, incluso había intentado aproximarse en el recreo; su atracción por esa niña grande y sonriente que respondía con un «Viva Jesús» enérgico y sonoro cuando la sor gritaba su apellido, López, creció como un *soufflé* en el horno, aquel primer jueves de mes.

* * *

Acabo de confesar. Tres avemarías y un padrenuestro, no entiendo por qué este cura siempre me manda la misma penitencia; le cuente lo que le cuente, le es indiferente. Todo lo invento. Que he contestado a mi madre mal, que he copiado, que he mentido; si probara a decirle alguna verdad: que crezco aturdida, que mamá me ignora, que papá se encierra y nunca me habla, que les quiero y les detesto, que siento ganas de huir, de huir y de morir, seguro que repetiría lo mismo: tres avemarías y un padrenuestro. Avanzo hacia el banco con recogimiento, todas caminamos igual, la cabeza gacha, los ojos semicerrados, el cuerpo ligero, ansioso de encontrarse con Dios. Estoy a punto de arrodillarme, levanto momentáneamente los ojos y la veo. López ocupa la última fila de la bancada de la iglesia, justo detrás de la mía. Se ha situado al final de la fila, de tal forma que la puerta de salida le pilla a escasos metros. La veo agacharse lentamente pero con firmeza, y luego avanzar sigilosa y rápida como un gato cuando se escurre del abrazo agobiante de su amo. Con el mismo misterio, se hunde en la penumbra y desaparece. Me admira la valentía de no aceptar el sometimiento, su carácter osado, impropio de una niña educada en un colegio de pago de las Agustinas de Ultramar; ella es diferente, actúa como un chico, quizás lo es.

* * *

El jueves llega pronto y con él la misa, mi intención es sentarme al lado de Carmen López en la última fila. Lo hago.

Estamos las dos solas, somos las únicas que ocupamos esta bancada. López me mira entre desconfiada y divertida, seguramente se pregunta por qué yo, la más tímida, seria y aplicada de la clase, me coloco a su lado. El recelo deja paso a la generosidad. Levanta el brazo y lleva el dedo índice a sus labios, indica silencio, muy formal, a mitad del oficio; de repente, veo cómo alarga la mano, toma la mía con firmeza y tira de ella, me obliga a agacharme. Sin saber cómo, ya estamos en el pasillo, a los pocos minutos en el *hall* de salida de las gratuitas, en la puerta trasera, en apenas unos segundos alcanzamos la calle. Somos libres, libres y felices. Me río, me hace reír de verdad.

López es amiga de Matilde Antón. Ése es su lado malo. Matilde es gratuita, así las llamamos todas, excepto López, que siempre precisa:

—Se llama Matilde.

Matilde no es de las nuestras, como nosotras, quiero decir, así la he sentido siempre. Diferente. Carmen no, ella la vive como si fuera una más. También se les dice internistas, suena mejor, y ellas lo prefieren. En un pabellón próximo al que ocupan las monjas, separado de los de clase por un gran jardín, viven veinte de ellas. Sus familias no pagan nada ni por su manutención ni por sus estudios, pero a cambio deben trabajar, limpiar, planchar y hacer las tareas que les ordenan. Es inusual, extraño que una gratuita se haga amiga de una niña normal, de una niña de pago como nosotras. De forma espontánea ellas van por su lado y nosotras por el nuestro. Hasta su físico se convierte en una frontera que nos separa, la mayoría vienen del campo, y están coloradotas, rojos los carrillos, relucientes, hablan muy alto, sin educación y a borbotones, con acento de pueblo, tanto que en clase de urbanidad sacan las peores notas. Acostumbran a mezclarse con las monjas más jóvenes, la mayor parte optan por hacerse novicias, toman los hábitos y acaban en un convento. Si son listas, y logran terminar el bachillerato, con suerte se quedan en el colegio y se convierten en profesoras. Ésa es su vida y, aunque nadie lo di-

ce, es algo sabido: ellas nada tienen que ver con nosotras. Sólo López parece olvidarlo, transgrede con toda naturalidad esa norma, como cuando se escapa de misa, sin importarle el riesgo ni las consecuencias. Lo hace y nada sucede. Por eso se hizo amiga de Matilde con toda normalidad. Cierto que es una gratuita diferente, de ciudad, más educada, y eso se nota, pero gratuita de todas formas.

Matilde es alta, altísima, la más alta de la clase. Nos saca más de una cabeza, tiene dos años más que nosotras, va muy retrasada, asiste a nuestro curso, es lo que llamamos una repetidora. López la venera. Ellas se hicieron íntimas, y yo a su lado me sentía como en medio, sin lugar, nunca encontraba mi espacio; sabía que López me apreciaba pero seguía sin entender qué veía en esa niña; seguramente, pensé, le tiene lástima y no se atreve a reconocérselo a sí misma. Decidí hacérselo ver.

—Su madre va a venir a limpiar a mi casa —le dije un día en que ella me había vuelto a precisar: «Se llama Matilde».

—¿Va a ayudar a tu madre?

López era así, siempre tenía que desorganizar las palabras. No, no ayudaba a mi madre, ¿o sí?

—¿Ayuda a tu madre?

—No, viene a limpiar. Es la criada.

Friega sola, igual que su hija, tu amiga; enjabona primero y pasa luego la bayeta y aclara después, una y otra vez por el suelo de toda mi casa, le hubiera gritado, pero no lo hice. Friega sola, tirada de rodillas, con una bayeta gris que escurre entre sus manos, que son amarillas y gordas de tanto humedecerse; no ayuda, no, friega, plancha, cocina, recoge, mientras mi madre no está, ni falta que hace que esté, para eso sirve la criada, la madre de Matilde. Todo eso pensé, enfadada, y se lo hubiera dicho, pero callé. Hice bien.

No me gustaba Matilde. Sentía que poco a poco se iba apoderando de Carmen y con un comportamiento calculado lograba que fuéramos distanciándonos. Además, co-